

INTROSPECCION DE LA ARGENTINA EN EL ESCRITOR MARTINEZ ESTRADA

MARTINEZ Estrada sabe manejar el látigo de un estilo restallante, como una especie de domador intelectual. Esto es lo que invita a discutir con él, como si se tratara de dejar encerrado al domador en su jaula.

Le ocurre que lleva dentro una inflexible tabla de valores. Cree en poquísimas cosas, pero nos atreveríamos a decir que con demasiada fe. Su tabla de valores es por eso rígida y cerrada. A este examinador le repugnan

«las instituciones sin cohesión, la moral laxa, la falta de un contexto heroico y superior» (*Rad.*, I, 194).

Le parecen un mal, en cuanto ruina de valores nobles,

«la disolución del alma nacional, del ideal colectivo y de la fe en la comunidad, bajo el predominio del oro humillante» (*Rad.*, 128).

Añádase como ideal

«la humildad limpia y sana y de metas precisas para la marcha disciplinada de la vida» (*Rad.*, II, 125).

Nada le dicen (en teoría, porque este implacable resulta que es un poeta lírico) la intuición, el olfato, la viveza meridional. Para él el paso de la inteligencia —y pensará para ello en Kant, en Darwin, en Hume—

«parece ser el de los plantígrafos hiperbóreos» (*Rad.*, 199).

Estima que

«a medida que se desciende la escalera de la preparación cultural de un pueblo, que se regresa de la capacidad de discernir y se limitan los reactivos del análisis elemental, hacia los conceptos ente-

ros, gruesos, disyuntivos, se desanda a un tiempo la gradación de las especies. Bueno o malo, blanco o negro, sí o no, caliente o frío, son las formas inmediatas de concebir el mundo reducido a dos dimensiones» (*Rad.*, II, 187).

Como una especie de don Gumersindo de Azcárate, quisiera una perfección total para la vida del derecho :

«Un pueblo —escribe, *Rad.*, II, 154— incapaz de vivir con arreglo a principios íntimos de justicia, es indigno de poseer leyes equitativas o, lo que es lo mismo, merece existir fuera de la ley.»

Por la misma razón, encuentra que lo natural en la lengua es la forma directa, y alaba en el muy consciente José Hernández que no se rindiera al hipérbaton «por las necesidades del metro ni de la rima» (*Myt.*, II, 40), olvidando que esa forma directa es consecuencia de cierta evolución racional en lenguas como el inglés y el francés, mientras que el hipérbaton y todos los recursos de estilo figurado pululan en las lenguas primitivas y populares, y duran, a pesar de todo, en algunas modernas, como el español o el ruso, que no terminan de aceptar la lógica cartesiana o stuartmillesca.

Este severo ideal de intelectual independiente, al cual uno puede propender por afán de pulcritud cuando no se quiere dejar penetrar de ciencia histórica, no es lo mejor para comprender. La historia, con sus lágrimas, su crueldad, su hedor de sangre, sus cópulas violentas y sin amor, no se ajusta al ideal noble y seco de este intelectual.

Y tal vez menos que ninguna historia la de la colonización e independencia americana, con sus grandezas y miserias, su sangre y su fanatismo, su oscuridad y silencio bajo unos pocos momentos luminosos puntiformes. Con ese ideal no se puede entender la historia de España y de América, ni la de ninguna dominación del mundo, ni tampoco la difusión de religión alguna. Los tibios, los agudos, los estériles (y no pongo ahora ningún menosprecio en estos calificativos) no tienen derecho, sino en breve medida, a llamar a juicio al profeta, al conquistador, al hombre de acción, al misionero. Necesitarían primero aumentar su capacidad de comprensión. Martínez Estrada observa y juzga, pero no aspira a comprender ni a explicar, ni siquiera se lo plantea como problema. Quisiera regularlo todo por esa severa y delicada tabla de valores para mineras.

Pero, ¿qué sabemos nosotros, intelectuales, de las miserias y

consuelos, enfermedades y consuelos, alegrías y desesperación de lo humanos? En nosotros se va desarrollando un estoicismo oscuro. ¿Qué sabemos de la ambición y el heroísmo, de la concupiscencia brutal y del ascetismo loco? Hay que darse cuenta de que nuestro gris carece de los colores del iris, pero Martínez Estrada ni se remonta ni desciende de él, al menos con la intención.

La cruzada de nuestra época hace todavía más radical esta severidad de Martínez Estrada. Apenas si está separado por una generación de Lugones (éste nace en 1874; Martínez Estrada, en 1875); pero la gran crisis del mundo «moderno», la primera guerra mundial y su postguerra, ha hecho presa en el más joven. Lugones es capaz de idealizar a Martín Fierro remontando la progenie del payador hasta la poesía provenzal, y la del gaucho hasta la caballería medieval y arábiga de los románticos, mientras que con decimonónico progresismo ensalzaba la civilización que había apunhalado al paladín. En la imagen desesperada que Estrada dibuja —un luchador destronado y degenerado, un último descendiente, desesperado y condenado a muerte, como final de una estela tremenda de conquistadores sanguinarios y lujuriosos— está la falta de progresismo optimista, que precisamente entre Lugones y Martínez Estrada se ha evaporado. Lugones, en su idealización de *El payador*, era un optimista, un creyente en un porvenir luminoso para los hijos del Plata. Martínez Estrada, en cambio, no ve nada para mañana. Y todo el pasado es para él un horror que hay que corregir, sin que se sepa tampoco cómo corregirlo.

Lugones veía lo que en el gaucho quedaba de tradición de fino caballero, y compara con actos del Cid o de Ricardo Corazón de León el momento de Martín Fierro en que junta los cadáveres de sus enemigos, después de darles muerte, y se arrodilla para rezar junto a ellos; Martínez Estrada prefiere horrorizarse, y halla en el arcaico gesto

«sabor amargo de escarnio», «sabor de humorismo» (*Myt.*, II, 157, 161).

porque cree que la única forma de religiosidad es el puritanismo y sus derivados. No comprende tampoco (*Myt.*, I, 59) que el gaucho acosado acuda a la protección de lo sobrenatural, porque la religiosidad de tal petición de auxilio «aquí no tiene lógico ajuste». ¡Pero si es eso lo que hacía Don Quijote, como Amadís, cada vez que ofendía o se defendía!

No quiero, sin embargo, discutir ahora de igual a igual, pues no se trata de oponer gustos a gustos, dilecciones a dilecciones, juicios personales a juicios personales. Además, que de buena gana me reconozco inferior en el fácil brillo y elegante arbitrariedad, que son gala del escritor Martínez Estrada. Quisiera sólo decirle al domador que hay fuerzas que con ningún látigo se dejan dominar.

No se trata de llevarle la contraria. El sabe mucho más de la Argentina. Ha examinado a su patria incansablemente, se ha esforzado en ser sincero desde lo alto de su tabla de valores, hasta la crueldad con lo que ama de veras. Pero hay que gritarle que no hay derecho a aplicar rígidamente nuestro patrón a cualquier modo de ser histórico.

Reconozcamos que un intelectual bien preparado, filarmónico, algo ajedrecista y un mucho aficionado a pájaros, tiene bastante que hacer si se sienta como severo juez delante del pasado argentino. Le salva a veces a este severo juez que es un lírico, y da mágicamente con la explicación. Entonces toca fondo y nada importa que los valores de su tabla no sean todos verdaderos ni actuales.

CONQUISTA. MESTIZAJE. EVANGELIZACIÓN

Parece que como un decreto divino pesa sobre América para que se piense de ella siempre a tono con la invocación quintanesca:

¡Virgen del mundo, América inocente!

No importa que de todo el desventurado pasado americano lo más horrible sea esa inocente virginidad de los sacrificios humanos, el canibalismo y los vicios contra natura. Y ello en las altas culturas de Méjico y Perú, que en estas latitudes australes apenas si el aborigen tenía tiempo de pensar en algo superior a la lucha inmediata por la vida. Pero se niega Martínez Estrada a reconocer que el indio de la Pampa fuera un salvaje, cerrando los ojos ante las conclusiones científicas hasta escribir:

«también las obras de etnología nos dan un cuadro de análoga pobreza, ausente todo vestigio de cultura; pero es innegable que su salvaje fué una condición que adquirió en su defensa contra los invasores» (*Myt.*, I, 363).

El *bon sauvage* se le aparece continuamente, como un fantasma, a este escritor.

«La crueldad feroz —dice en otra parte, *Myt.*, 231—, más que un carácter étnico de su psicología, fué una modalidad que le impuso nuestra historia.»

En ese soñado mundo de salvajes rousseauianos irrumpe el conquistador. Nada amable es con él nuestro autor.

«Trajeron la guerra —dice, *Rad.*, II, 90— cuando, de tenerla, hubieran podido traer la civilización. De esa manera se exterminó la civilización chibcha, azteca, inca, maya y se malogró la semilla, horadada de un gorgojo mortal. Esos hombres primitivos, cargados de lacras, llegaban huyendo; los expulsaba la Edad Moderna de Europa y, reclutados en las cárceles y los lazaretos, venían a consumir su propia condena capital.»

Cree, con ayuda de algún texto aplicado abogadescamente, que la conquista de América fué sentida como una mera continuación de la reconquista, y por cierto que empleando una anacrónica palabra con no sana intención, supone (*Myt.*, II, 286) que

«la campaña de fe y patriotismo se derramó por tierras de América; y el indio del sur del continente, el pobre aborigen sin cultura ni riqueza, fué transfigurado en el moro del sur de España...»

Este pobre aborigen, virginal e inocente, todo lo malo lo aprendió del conquistador. El conquistador es inmolado, en tardío sacrificio expiatorio, *ad maiorem gloriam* del buen salvaje.

Según el pesimista, parte de pensar que lo mejor para el hombre sería no haber nacido; Martínez Estrada cree que lo mejor para América sería no existir como es; al fin y al cabo, en mucho, consecuencia de cómo la planearon los conquistadores, según fué vista en las

«pequeñas cabezas de aquellos hombres brutales... El hidalgo empobrecido, el artesano sin pan, el soldado sin contrata, el pordiosero y el párroco de una tierra sin milagros» (*Rad.*, I, 9).

Les niega todo a aquellas gentes, a las que, al menos, no se puede negar el heroísmo de haberse embarcado en una aventura desesperada. Sólo «un léxico torpe y una inteligencia torpe» es lo que les concede para narrar su aventura americana al regreso, cuando regresaban.

«Véase —dice, *Rad.*, I, 101— lo que significa España en las postimerías del siglo xv, comparada con los pueblos germánicos, galos, itálicos, sajones; era un pueblo esclerosado, pótreo, rupestre. Era un pueblo *americano*... Hizo de los Pirineos un emblema, se cerró en su piedra, y al borde del 1500 reanudó su existencia del 700. Su gloria estaba en ser arcaica, renuente al progreso, aferrada al fanatismo y al valor, a los prejuicios morales, nobiliarios y religiosos...»

Las mentiras dominan aquí sobre las verdades. El despego sobre la buena fe. Ya veremos luego que eso de que España —como Portugal— fuera en el 1500 un pueblo *americano* no es un elogio, pero enuncia vagamente la profunda verdad de la adecuación entre la Península y América, el hombre peninsular y el suelo y los hombres de América. Más a Estrada lo que le interesa es el latigazo, la afirmación truculenta como ésta, que, en definitiva —como decía Unamuno contra los que se gloriaban en la Península de las hazañas de «nuestros» padres en América—, no nos afecta a los españoles que no tuvimos por estas playas a nuestros antepasados, sino a los descendientes de españoles acá, herederos y testamentarios de colonizadores e inmigrantes:

«dos españoles que vinieron a América no eran padres que descaran perpetuarse con todo su haber de historia, sino padrillos que renegaban de su cría» (*Myt.*, II, 442).

Martínez Estrada se niega a entender la conquista, porque el conquistador está situado en el polo opuesto de sus ideales de intelectual pulcro, a los que rinde el único culto de que es capaz. No se puede decir honradamente que Hernán Cortés fuera «una caricatura de templario» (*Myt.*, I, 359). Ni se puede uno acalorar hasta el punto de llamar «canallas» a los que intentan defender o explicar la conquista española, que, en conjunto, y salvo a los descendientes de Raynal, no les parece a los historiadores una serie de «jornadas que afrontan al género humano» (*Myt.*, I, 359).

El pobre conquistador queda maltrecho a manos de este implacable literato.

«El conquistador no amaba la tierra y no veía su porvenir más que a través de la lujuria y la avaricia. Poblaba la tierra vacía... No trajo de la casa solariega ninguna de las virtudes que le habría permitido resistir... Trajo un heroísmo de raza, de casta, de religión, que muy pronto la amplitud de un panorama nunca visto abatió, y que lo impulsó a emprender una marcha sin designio» (*Rad.*, I, 32).

Leyendo esto se siente, sin idealizar nada a aquellos hombres lejanos y tremendos, una onda de ternura. Ellos, en tantas ocasiones devorados por los salvajes, enfebrecidos, agobiados por los insectos y la vegetación, pecharon con lo más difícil y duro, desbravaron la extraña tierra, hicieron posible la vida en ella al mismo indígena, que no pudo poblar la Pampa más que cuando hubo vacas y caballos traídos de Castilla.

La lejana imagen del conquistador se yergue en Buenos Aires con la estatua de Juan de Garay, tan anacrónico en su armadura y tan poco imperativo, aunque se lo parezca a Martínez Estrada, frente a los grandes Bancos y los silos mecanizados del puerto, desconcertado ante la gran metrópoli, sordo y lejano bajo la luz de tubo de las muestras en la puerta de los «dancings» nocturnos, de lujuria menos genesiaca que en los tiempos de aquellos cazadores de mujeres indias.

Aquellos conquistadores, que no tenían la implacabilidad anglosajona ni la conciencia sin sombra de duda de superioridad racial, prepararon el silencio y el orden en estos barrios de Buenos Aires donde reina el gringo. Alguna vez que piso la alfombra muhida del gran hotel, o desciendo con algo de vértigo en el ascensor, o veo servir en el restorán las tiernas lengüitas enteras, vuelva el recuerdo hacia aquellas gentes comidas de piojos y abrumados por su armadura en este clima donde el esfuerzo cuesta tanto.

Pero el puritanismo de Martínez Estrada es cegador y le impide comprender la conquista. Se horroriza como una vieja damisela inglesa ante el mestizaje. Olvidando que esa pudibundez no halla su plena satisfacción sino en la extinción de la raza indígena.

Una vez que uno ha comenzado por no quedarse en casa, el dilema está muy claro: o extinción —y entonces los pudibundos no tienen por qué suspirar— o cruce. Como en la ganadería, el mestizaje humano tiene dos caras. Cuando las mujeres indígenas se entregaron al blanco —y de esta «traición» de la americana indígena a su raza he oído hablar a un especialista como de un hecho cierto—, una interpretación biológica diría que su instinto no las engañaba. Por otra parte, en un ambiente bárbaro, la relación del conquistador con la india americana repite la eterna que hay entre los Aquiles y las Briseidas, las Casandras y los Agamenones.

Todas las conquistas anteriores al puritanismo se han hecho sobre el mestizaje. Mestizaje fué la conquista del mundo por los pueblos de lengua indoeuropea, como mestizaje fué la base del

Imperio romano, como de la expansión de árabes y turcos, de los rusos hoy y de los mongoles sobre Rusia ayer... El drama del mestizaje, que angustia a Martínez Estrada, es el drama de todas las conquistas, desde la fundación de Carteya, para los hijos de soldados romanos y mujeres españolas, hasta las zonas de ocupación en la Alemania actual. Con británica pudibundez, Aldous Huxley se ha escandalizado, durante la segunda guerra mundial, sobre «the inevitable connection between war and lust, between the holiest crusades and the most promiscuous populations».

La consecuencia, sin escandalizarnos demasiado ante estas expresiones un tanto truculentas, es que aquí la sangre de color se ha repartido y aclarado, y no hay que avergonzarse de que en excelentes familias argentinas asome en alguna mirada o en un rasgo del rostro o en el color de la tez la sangre del aborigen. Lo que pasa es que el mestizaje ha perdido muchas veces conciencia de sí mismo, con la consiguiente ventaja. Ahí reconoce el americanista Franz Boas la gloria de la colonización española y portuguesa.

Cuando las mejores familias yanquis, australianas o neozelandesas no se tienen que avergonzar de eso, es porque sobre su conciencia biológica pesa otro pecado: el de asesinato. Me parece que ante la misericordia divina es pecado más perdonable ser concubinario. No nos puritanicemos hasta encontrar que ese poso de sangre indígena sea la «mancha original» que pesa sobre el alma nacional argentina (*Myt.*, II, 376), porque no es, sino con leve diferencia de matiz en el pigmento, la misma mancha original que desde Adán agobia a los humanos. Dejemos la teología en teología, y no la laicicemos, como en los países donde los obispos se casan.

Si vamos a cuentas, lo malo del mestizaje americano no está en el sustantivo, sino en el adjetivo. Las razas de América no pertenecían a lo mejor dotado de la humanidad, como puede apreciar cualquiera que no se busque demasiadas complicaciones sentimentales.

Lejos de nosotros añadir un capítulo a la leyenda dorada de los conquistadores. No aspiremos sino a comprenderlos en su tiempo. Sus dos móviles, aparte de un vago espíritu de aventura, eran fanatismo y codicia. El primero de estos dos no tiene connotación favorable en labios modernos. ¡Qué le vamos a hacer! Representa algo apenas comprensible en estos climas. El segundo, somos de-

masiado hipócritas para confesar que es el motor predominante hoy en cualquier empresa política, guerrera o económica (en este último apartado, por definición). Pero el móvil primero es lo único que puede atemperar la implacabilidad del segundo. Si le quitamos el fanatismo a la conquista española, quedan entonces aislados los elementos de la conquista colonial al modo moderno. El fanatismo era lo único que no era rapiña; a uno le será grato o no el fanatismo, pero eso era lo que no se reducía a afán de lucro.

Tenemos que denunciar que en la obra de Martínez Estrada hay un grave y continuo escamoteo. Ve un mal y no se equivoca, pero hace responsable de él a lo que le es más antipático, sin pararse un momento a pensar si es lo que tiene de veras la culpa. Ya hemos visto cómo cree al indio pervertido por la conquista, y cómo encuentra que la llegada de los españoles alteró gravemente el ser de América; pero si antes dijo que los hispanos antes de venir eran ya *americanos*, ahora insiste en que esa adecuación era lo malo:

«el sajón, el flamenco y el franco vencieron en América, refractarios al medio; ninguna de las perspectivas americanas le incitaba a postarse. En cambio, el lusitano y el hispano llegaron a descansar, al punto de partida» (*Rad.*, I, 102).

¡Por eso se hablan en América más francés y flamenco que portugués y español! Hay un afán de no entender, una repugnancia tal, que sólo se explica buscando sus raíces en una actitud religiosa. Si no se quiere comprender el fanatismo religioso que hizo un esfuerzo de colonización y de penetración en el alma del salvaje como no se ha emprendido nunca, no se entenderá la verdadera historia de la antigua América española.

Martínez Estrada ha visto agudamente algunos significados, pero cierra los ojos a lo principal. Es verdad que España vió en la evangelización de América una compensación por la pérdida de la Europa sajona y germánico-septentrional, pero es desorbitar las cosas decir (*Rad.*, I, 246) que

«era más fácil y hasta más meritorio reducir al indio que a los pueblos que habían abrazado la Reforma. En vísperas del fracaso del Catolicismo [y en antevísperas de la evaporación del Protestantismo], aparecía otra vez el pueblo elegido en que tomaría cuerpo para salvarse... Los misioneros eran un complemento de la invasión armada, no con el propósito de legitimar ante el Papa y el Rey

los despojos y la esclavitud, sino con el ánimo de fijar un reinado pacífico y seguro al Dogma. Fué una empresa eclesiástica y no religiosa la evangelización de la América española.»

Dan ganas de discutir cada palabra, pero lo haremos. Desde nuestro punto de vista hay algo de eso, pero históricamente la cosa era más complicada. Este intelectual ávido de conocimiento no comprende móviles religiosos ni tampoco la tentación de la codicia, ni mucho menos puede alcanzar cómo ambas cosas se combinan humanamente.

Y, sin embargo, algunos temas de la evangelización de América están captados delicadamente por este escritor:

«hubo de reducirse —escrive, *Rad.*, I, 247— los símbolos y la retórica de la mística, al alcance de esas inteligencias infantiles. Muy pronto desapareció cuanto tenía de espiritual para quedar en el rito, en lo ornamental, en un instrumento de tortura y predominio. Las formas arquitectónicas reemplazaban en el alma indígena la leyenda de los mártires y los santos. Francisco Solano tuvo que reducirse a la condición de indio errante, asemejándosele en todo lo posible, porque el indio no podía erguirse hasta él. En fuerza de poner al alcance del bruto los misterios..., se caía en una forma materialista de superstición que a la larga el mismo indígena repelió, purgándose de ella con el retorno en masa al culto ancestral.»

Hay aquí alguna verdad, pero oscurecida. Primero, porque en lo que aquí se describe hay algo de la universal corriente del barroquismo. Después, porque si los indios volvieron, a veces, que no siempre, al culto ancestral, fué cuando las nuevas corrientes acabaron desde fuera con esa construcción en que parece que habían llegado a sentirse felices. La ruina de aquel extraño mundo católico y barroco que floreció en el Paraguay como una especie de república platónico-cristiana se debió a nuevas y foráneas corrientes. No es la naturaleza la que

«ahoga entre macizos de árboles los escombros arquitectónicos de un ensayo de conquista en gran escala, pero contrario a la vida y a las fuerzas leales del mundo. Los muros labrados de aquellas construcciones recordarán siempre la tentativa mejor organizada para explotar un emporio de dimensiones universales, vencida por la naturaleza del trópico y por la soledad» (*Rad.*, I, 115).

Pero lo que no encontramos leal es llamar naturaleza tropical y soledad a lo que por mano de Buccarelli era una obra fría y bien organizada.

No se puede incurrir en literatura de la peor propaganda y decir de las misiones guaranícas (*Rad.*, I, 249) que

«la instrucción de esas fuerzas de refresco para llevarlas a Europa brutalizaba la empresa, con medios como fines.»

El volcar sobre Europa refrescos semejantes de negros e hindúes estaba reservado no a los jesuitas del Paraguay, sino a grandes naciones, ante cuyas glorias culturales nos postramos todos. Lo jesuitas del XVII no creo que nunca soñaran con inundar Europa de pobres guaraníes.

La adaptación en cierta medida del catolicismo a la mentalidad de los indios es la única manera por la que una religión sustituye auténticamente a otra. Pues así el cristianismo ha surgido como una flor en tierras abonadas por las viejas religiones con raíces en la prehistoria. El léxico de la Iglesia cristiana se formó con palabras profanas, lo mismo que en el Agora de Atenas la iglesia de los Doce Apóstoles se levantó sobre el solar del ara de los doce dioses, y en el cementerio del Cerámico hay una capilla de la Santa Trinidad en la misma encrucijada donde los griegos tenían el santuario de unos enigmáticos Tritopátores. Guadalupe, por ejemplo, repitió en Méjico esa historia. Como lo que en América había no era el Agora de Atenas, resultó otra cosa, pero el procedimiento que se aplicó para la cristianización fué semejante en muchas cosas. Pero Martínez Estrada no lo quiere comprender.

«Esas gentes —insiste nuestro autor—, que sólo tenían alma semejante al europeo por decisión pontificia, no estaban de ningún modo predispuestas a la disquisición anagógica, ni a la concepción de un supermundo de categorías filosóficas. Era menester ponerles ejemplos groseros, consentir que interpolasen en la leyenda cristiana trozos íntegros de su teogonía» (*Rad.*, I, 250).

Pero eso fué el viejo y tradicional cristianismo; esos fueron los procedimientos de que surgió el cristianismo primitivo, que en vano buscó Lutero por el procedimiento contrario, deshojando la frondosa planta al intentar arrancarle los tallos paganos. Eso no lo comprende este alma anglosajonizada, como me temo no lo entenderá tampoco un Monseñor Spellman. Hace falta, para entrar en eso, sentido histórico, y Martínez Estrada en materia de religiones sigue creyendo que el destino es el protagonista de la tragedia griega.

EL FENÓMENO ARGENTINO

El fenómeno argentino, a este observador agudo e incansable que es Martínez Estrada le parece demasiado único. Distintas son las historias de Méjico y Perú, con sus abruptos climax de los tiempos precolombinos y coloniales, y sus crisis posteriores. Mas el trabajo para dominar a la naturaleza, el clima templado, los grandes espacios, la extinción del indio en la expansión posterior a la independencia, hacen en algo semejantes las historias nacionales de los Estados Unidos y de la Argentina.

El mismo fenómeno de engrandecimiento hasta lo inhumano de los héroes de la independencia, común a toda América, se exacerba más quizá que en ninguna parte en Norteamérica y la Argentina. No es extraño por eso que, en un caso como el de este libro de la *Radiografía de la Pampa*, un hombre inteligente sienta el deseo de hacer un juicio cruel y descarnante sobre el pasado. Y más cuando el autor no siente a la Argentina paladión de algo tan importante como lo creen ser hoy los Estados Unidos. Según Martínez Estrada, puede decir, con razón (*Rad.*, II, 194), que

«nadie ha dicho la verdad sobre Alvear, Pueyrredón, Rondeau, Güemes, Mitre, Urquiza, Lavalle, Dorrego, Rosas. Son figuras auténticas de tabú».

se podría aseverar lo mismo de Franklin, Wáshington, Lincoln. Y nadie ha dicho todavía con qué prisa se está remolcando a Roosevelt por el mismo camino del tabú.

Però frente a la historia argentina, Martínez Estrada levanta su aparato radiográfico y busca los huesos, la calavera, en vez de la carne delicada y joven. Los huesos se recortan sobre algo apenas traslúcido, que se come la carne y las venas. Se queda lo más oscuro y firme, y se borra la flor, y las galas y el vestido... De acuerdo con el severo patrón intelectualista, la imagen no deja de ser real; pero está, más que desnuda, esquelética, monda. La alta tensión da una penetrante claridad a la *Radiografía de la Pampa*. Menos tajante, pero más enconado, es el reciente *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*. ¿Cómo lo diremos? La fe de las izquierdas de ahora se ha recargado de ídolos y fantasmas, y está mucho más llena de vanas esperanzas y optimismos que en 1933, cuando se escribió la *Radiografía*. Se llena hoy de la necedad un-

tanto encanallada del vencedor que no está muy seguro de su receta para llevar al mundo de la mano.

Y aun en 1933 se podían escribir —era la consigna de entonces— cosas generosas e ilusas que hoy la llamada defensa del hemisferio han hecho imposibles; así la siguiente:

«La unión sería la verdadera independencia de estas repúblicas. La desinteligencia pansuramericana es efecto de las relaciones entre el sur y el norte» (*Rad.*, I, 123).

La nueva situación embrolla un poco la aguda inteligencia del autor de *Muerte y transfiguración*, que se deja enredar por el dogmatismo en algunas contradicciones. Pues, para ver claro, es preferible el escepticismo a una falsa fe.

Las desgracias de la Argentina en el pasado las ve con aguda inquietud Martínez Estrada; pero como un famoso benedictino achacaba a las mujeres, después de conceder la mayor y la menor, niega la consecuencia, porque no le es simpática. Pues para Martínez Estrada la culpa la tiene la gobernación colonial, y véase por qué razones:

«Nosotros —dice, *Rad.*, II, 155— hemos combatido muchos años por alcanzar un orden político y social que imponer al desorden como norma de la Colonia.»

Y ahora, cargando la mano, insiste en

«la herencia de haraganería y fraude de España en América...; el sistema de asco y de ignominia en que la América hispánica había vivido tres siglos» (*Myt.*, I, 331).

Pero ya antes había afirmado sobre la destrucción de todo el viejo Buenos Aires que aquellos palacios y edificios eran

«muy feos sin duda, como todo lo que España hizo aquí durante su dominio» (*Goliat*, 74).

Tales afirmaciones sobrepasan lo arbitrario para entrar en los campos sin seto de pñas del macaneo. Olvidándose de que el trazado de ciudades cuadrículado es cosa racionalista, inventada por el arquitecto jónico Hipodamo de Mileto, que debía ser amigo de Anaxágoras, y que el Pireo y Alejandría figuran entre los precedentes ilustres de la ciudad indiana, llega a decir que

«el trazado de las calles y el plano de las casas, gótico y vandálico a través de España, son formas de eludir los problemas de la perspectiva y de la línea quebrada, ondulada y rica de motivos hogareños» (*Rad.*, II, 16).

Hasta lo que la España de Felipe II dispuso de moderno, de no medieval, le disgusta a este intelectual, que querría una Florencia en cada cerro americano.

Un ingenuo pensaría que para este escritor libertario la gobernación colonial tuvo de malo el ser una especie de orden de muerte, un letargo, pero ordenado al fin, y que la explosión de la independencia turba ese orden sepulcral con las auras doradas de la libertad, que por acaso se descarrian. Pero no: hasta del desorden tiene la culpa la vieja paz, «el desorden, norma de la colonia».

Y, sin embargo, la clarividencia lleva al autor a contradecirse. El desorden entre los indios, su lucha a muerte contra el blanco, vino a consecuencia de la independencia. Los textos de José Hernández (en *Myt.*, I, 141) son concluyentes. Martínez Estrada, por su parte, dice que los asaltos del indio

«todos acaecen después de 1810» (*Myt.*, II, 306).

Y no podemos menos de recoger un texto importante para el asunto de la extinción de la raza indígena (*Myt.*, I, 189):

«*La Cautiva*, el poema de Echevarría, fué el fallo inapelable de condenación al indio antes de que se exacerbara su ferocidad con el trato inicuo a que se le sometió, precisamente por la irracional política de los proscritos, que al repatriarse consideraron que con la caída de Rosas todos los males habían desaparecido.»

Porque, amante, aunque descarriado, de la verdad, Martínez Estrada cuando puede dice cosas como que

«fué el mismo hombre que se levantó contra el dominio español el que había de tratar al indígena con mayor saña que el mismo conquistador» (*Myt.*, I, 190).

y que

«durante el virreinato gauchos e indios convivieron pacíficamente en las faenas pecuarias... El odio florece en 1810, en plena República» (*Myt.*, 226).

Y por consecuencia, la extinción del indio ha sido más radical y dura al sur que al norte del paralelo de Buenos Aires. Se podría decir más bien «a la inglesa» esa conquista del Desierto que Martínez Estrada todavía prefiere calificar de «a la española» (*Myt.*, II, 287). Del paralelo de Buenos Aires hacia el norte queda más san-

gre indígena que en los territorios incorporados ya a la República. Todavía estaban cerca de la capital los indios en los días en que por ellos derramó Darwin una furtiva lágrima, que Martínez Estrada no deja de recoger (*Myt.*, I, 227). Pero fué ante el rifle sajón la retirada para siempre del indio del sur, cuando ya no valían para defenderse los dos cueros de vaca cosidos juntos y que, bien engrasados para darles un poco de flexibilidad, cubrían desde el cuello hasta los tobillos. El último cacique que usó esta armadura se desprendió de ella para tirarse a un río, y hoy la vemos puesta en un maniquí en La Plata.

Paradójicamente, como todo en la historia, ha sido en los Estados Unidos, allí donde el indígena vive, como el bisonte, en parques nacionales, donde se ha formulado, con bárbara palabra, el nuevo —¿de veras nuevo?— delito llamado «genocidio». Martínez Estrada reconoce que

«caso únicamente en los Estados Unidos, con su despiadada conquista del Oeste, hasta los recientes novelistas *removedores de estiércol*, según la frase del bismarckiano Theodore Roosevelt, el problema del indio ha permanecido extraño a la honradez intelectual» (*Myt.*, I, 190).

Por mi parte, creo que en la otra América esta honradez mal atizada está llegando a escrúpulos monjiles.

Cuando hablamos de la independencia americana conviene dejar en claro que no tenemos ninguna reserva mental. Es innegable que fué un hecho no sólo, visto desde el mismo día siguiente, irreversible, sino también fatal; quede esto claro, y hablemos con libertad completa.

Con esa libertad diremos que la independencia, llegada tan irremediablemente, fué un mal tan grave para la antigua América española como para España misma. Y aun la Argentina, con su clima, su inmigración europea y su progreso, es la parte que ha salido ganando más, pues es verdad que su desenvolvimiento económico y de otros órdenes estaba trabado por el régimen español. Mas para el resto de América, en países de clima cálido o de mucha sangre de color, al cabo de un siglo, con el perfeccionamiento de las comunicaciones y el desarrollo de una conciencia llamada «continental», más los desequilibrios de natalidad entre las razas y la agitación social, se ve al borde del abismo.

Hay un ingenuo —y proficuo— hispanoamericanismo que habla de las veinte bandéras, las no sé cuántas naciones libres, los re-

toños del seno de la España fecunda... Pero no es tan sencillo el cuadro. Con profundo sentido, Martínez Estrada ha visto el reverso del tapiz:

«Si la historia del indio es clandestina, la historia de Suramérica es apócrifa. O significa otra cosa de lo que creemos. Aun las guerras de independencia son episodios de la historia de España; a nosotros nos pertenece lo biográfico y lo pasional. Lo que juzgamos el prólogo es el epílogo de una serie de maniobras concluidas que cierra el capítulo de la dominación española en América. Vistos por la espalda esos sucesos gloriosos no son historia siquiera. Todo ha quedado de allí en adelante en el obituario doméstico, tan muerto como en las guacas etnográficas o en el fondo de los pueblos actuales» (*Rad.*, I, 123).

Siente profundamente el lado de catástrofe y regreso a lo ancestral que ha significado a la larga la independencia, porque Martínez Estrada ha nacido en el Litoral, en tierras que participan por sus ruinas jesuíticas de ese carácter de ciudad sumergida que tiene la América ecuatorial. Sus campanas resonando como en el fondo del lago es lo único que recuerda el pasado.

La Argentina, como país entero, se salva más porque, en gran parte, se ha hecho ya después de la independencia. Pero Martínez Estrada señala el doble valor que hay en el papel desempeñado por la Argentina en la independencia de América del Sur:

«Nació —escribe de la independencia, *Rad.*, I, 46— en los Cabildos y en las Iglesias, al calor de los ciudadanos adinerados; pero pronto encarnó en las gentes pobres del interior, sin lo que no hubiese pasado de ser una versión a la panamericana... Inmediatamente de proclamada, la independencia se dividió en dos: la idea revolucionaria y el medio revolucionario. Lo que interesaba no era la revolución de principios, la emancipación que se adoptaba como nuevo régimen, sino el conflicto que se planteaba al partirse ese mundo sostenido por una unidad ficticia.»

Si es ficticia esa unidad, ¿habrá remedio para la «desunión pansuramericana»?

Los creadores de la independencia, continúa Martínez Estrada (*Rad.*, I, 54), no fueron comprendidos.

«Aquellos generales y aquellos estadistas no querían la barbarie, pero eran productos genuinos de la barbarie, y trabajaban, sin querer, para ella; eran bárbaros porque esos ideales de independencia y de unidad nacional, de disciplina, de orden, no pasaban de ser aspiraciones abstractas, sin base en la tradición ni en la vida his.

tórica argentinas... En el mejor de los casos, esas ideales civilizaciones resultaban así exóticas y, por lo tanto, contrarias al orden de cosas...»

Le angustia a Martínez Estrada la decadencia del Norte, de la antigua parte colonial. El clima templado y frío ha resultado más atractivo también en este hemisferio austral, y viejos territorios coloniales decaen.

«La población —explica nuestro autor, *Rad.*, II, 13— emigraba concentrándose en las tierras litorales, de buenos pastos; el analfabetismo era invencible como el yuyo, y campos que se habían conquistado para la agricultura regresaban a barbecho de pastores.»

No sin cierto resentimiento de provinciano contempla Estrada el engrandecimiento de Buenos Aires.

En el orden político, con menos caracteres agudos a la larga, porque la Argentina tenía tierras templadas por conquistar y poblar, el drama original de este país no era distinto que el de cualquier otro país hispanoamericano, y de España misma a la muerte de Fernando VII. Los veinte estados liberales surgen de una colisión entre el modelo tomado de textos y tratados y la dura realidad indómita. El hecho era, a uno y otro lado del Atlántico, la irremediable ruina de la vieja Monarquía católica. Esa es la realidad que lo explica todo, aunque no se preste a odas ni discursos.

La consecuencia real, por debajo de las apariencias imitables, es que los ejércitos se levantan, en América como en España. Son el armazón único y la mayor carga. Y no es preciso acudir, como hace Martínez Estrada (*Rad.*, II, 122), a la leyenda del indio como determinante de esa pervivencia de mimético cesarismo. Como en España no tienen la culpa las guerras carlistas ni las de Cuba o Marruecos. En la ruina del viejo Estado se ha buscado, a esta como a la otra orilla del mar, un sucedáneo.

Ahí debe de estar la razón de un hecho que los españoles actuales ignoran profundamente: el militarismo y larvada helicosidad de toda América del Sur. La presión de «teorías» e «ideologías» pacifistas domina, como la ceniza el brasero, un fuego latente, que no deja de dar su calor.

Basta recorrer las salas del Museo Histórico de Luján para hallar recuerdos tremendos. Guerras civiles, guerras con el Paraguay y el Brasil, luchas con el indio del Sur. Fusilamientos, pronuncia-

mientos, ejecuciones. Los uniformes de aquellos tiempos —azules, rojos—, que eran en Europa para que las paradas fueran vistosas, en América se teñían del polvo, el barro y la sangre. El Paraguay fué aniquilado en unos tiempos en que las guerras europeas no habían dejado de ser versallescas, y simple pieza de la política. Su población masculina fué extirpada y los recursos de la nación aniquilados cuando aún faltaban muchos años para que en Europa se practicara el aplastamiento sistemático de pueblos.

Estrada nos cuenta (*Red.*, II, 142) que en tiempos de Rosas

«llegó a explotarse la industria caricaturesca de las armas de juguete, que hubo de prohibirse con multas y arrestos por el incremento que tomaban las guerrillas de párvulos.»

La crítica que hace Estrada de los militares de la época de José Hernández (*Myt.*, I, 352) está pensada con referencia a la actualidad, pero se le olvida que entonces quien gobernaba era Sarmiento. ¡Hasta tal punto el hecho pretoriano debe de ser una consecuencia inevitable! De cualquier país americano, como de España misma, después del derrumbamiento del viejo régimen, podría afirmarse esto:

«Toda la historia argentina es una historia militar» (*Red.*, II, 118).

Lo que agudamente dice Estrada (*Red.*, II, 120) de que

«un ejército inactivo es un ejército en guerra subrepticia.»

parece predecir la revolución argentina del 43, pero, en realidad, es un epifonema sobre la revolución de 1930.

Un momento sólo del pasado americano le entreciende a Martínez Estrada: el de la libertad en 1810. Líricamente canta en *La cabeza de Goliat* la pequeña pirámide de la Plaza de Mayo, enojado contra el nuevo y grande obelisco de la Diagonal. Tal vez estaba escrita la libertad desde el principio como ideal para estos cielos extraños, mucho menos contemplados por el hombre que los boreales, y para este suelo que hollaron los monstruos del secundario. Porque el Louvre o el Prado de la Argentina está en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata.

Esa libertad bajo la cruz del Sur y sobre la Pampa a que se asomaron los sabios incaicos le da a Martínez Estrada, a pesar de sus premisas racionalistas, una poética y pesimista sabiduría primitiva.

«El hombre realmente complejo —dice, *Myt.*, I, 261— es el que todavía vive en su mundo informe y habitado por potestades mágicas. La civilización es un método de abstracción, un proceso quizá semejante al de concreción de los seres orgánicos, que concluye por dar al castor, a la hormiga o a la abeja un esquema simple y universal.»

Sabe mucho este intelectual, quizá por alguna misteriosa sabiduría de la tierra, que debe ser la que le hace poeta y libre y le salva, en definitiva, de sus propios ídolos. Porque ¿no queda suficientemente explicado todo lo que le preocupa del pasado de América cuando sabe que

«la civilización es tanto el dominio de la naturaleza cuanto el dominio del hombre por el hombre?» (*Myt.*, I, 288).

Si en el reciente libro *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* hay más contradicciones y oscuridades, también ello se debe a que el intelectual ha descubierto lo delicado que es operar con el fondo campesino. Sabe que con el hombre de la ciudad se puede lograr poco, porque tiene una cultura híbrida.

«Sería preciso —propone como ideal inasequible, *Myt.*, II, 197— transformar nuestra cultura: instilar en el hombre del campo, todavía sano, el saber de cultura para que de ese injerto surgiera una conciencia veraz de nuestros problemas.»

Pero esa conciencia sería contradictoria. Si fuera posible tal injerto, no haríamos sino llevar la hibridación civilizada a los campos. En Argentina como en cualquier país europeo.

Desde el momento en que las cosas se plantean así, el dilema sarmientino de civilización contra barbarie queda bastante oscuro, y, por consiguiente, la línea de la historia argentina pierde la clara luminosidad lograda a fuerza de simplificaciones. En este mismo libro (II, 196) se da cuenta Martínez Estrada de que

«poseemos sólo un criterio de juzgar la civilización y la cultura, el de Sarmiento, que trazaba una perspectiva desde el foco urbano hacia el interior del país.»

Y el de Sarmiento, insiste (*ibíd.*, 225), es un «método dialéctico imperfecto». La cultura del país no se mide numéricamente por las estadísticas de analfabetos, ni la aparente y pregonada filiación de los gobiernos es por sí una patente de libertad.

De esta crisis íntima se resiente ahora toda la interpretación de

Martínez Estrada sobre la historia argentina, especialmente al ocuparse de un tan extraño personaje como el poeta José Hernández y de una obra de orientación política tan difícil como el *Martín Fierro*.

Se encuentra Martínez Estrada con una historia nacional llena de mitos, de figuras tabuizadas e inmóviles en sus hornacinas. En su afán de claridad, nuestro autor busca el origen de tales mitos.

«Admitir la enseñanza primaria como norma estimativa del significado de la historia, de la comprensión de los hechos, y al mismo tiempo del relieve topográfico del espacio en que ocurrió, es contribuir a la gesta de los mitos.»

afirma subversivamente (*Rad.*, II, 188). Pues justamente esos mitos son los cimientos de la existencia nacional americana, comenzando por el primogénito de la independencia, los Estados Unidos. Estrada halla que esa mitología fué inventada en Hispanoamérica como sustituto del opio del pasado. ¿No hay aquí una puerta abierta a la nostalgia de mitos más populares, más *mitológicos*, una paradoja del escritor, que ha partido por un camino y regresa súbitamente por el cuadrante opuesto?

En la crítica, son los móviles mismos de la independencia los que se cuartejan. Las instituciones modelo

«así por allá [en el mundo sajón, en la Francia de la revolución] eran dioses vivientes, que participaban de las luchas de troyanos y griegos, aquí resultan divinidades de contrabando, esterilizadas, momificadas. Con una tabla de valores a la vista, se fueron forjando las divinidades propicias, bajo el rótulo de Civilización. Y al mismo tiempo se destrozaban los ídolos locales, autóctonos, bajo el anatema de Barbarie. No se cambió con eso lo que formaba el sustrato de la religiosa idolatría del bárbaro, sino la liturgia del bárbaro; y no se incorporaba la fe en los númenes, sino en los iconos y el rítual. El panteón de esos mitos no tenía significado, vitalidad, demiurgia: eran fantasmas» (*Rad.*, II, 189).

En resumen: ninguna institución ni órgano de gobierno, sino Rosas e Yrigoyen, le parecen «los dos más genuinos representantes del pueblo» (1), derrocados ambos por la milicia (*Rad.*, II, 119).

(1) Y, sin embargo, pensaríamos que es por razones de actualidad por lo que el culto por lo personalista y mesiánico es ahora anatematizado (*Myt.*, II, 226) como «el más grave daño de nuestra educación y de nuestra herencia». Lo de la «herencia» es verdad, y nos bastará recordar el famoso ensayo de Unamuno sobre el *fulanismo*.

Otro elemento de la historia argentina, la penetración alógena, en sus dos aspectos de inmigración codiciosa y de colonización imperialista, es señalado por escritor tan sensible.

«Desde 1852 —escribe, *Rad.*, I, 75—, fecha que cierra la época de las discordias armadas y abre el ciclo de las violencias políticas y jurídicas, comienza una nueva táctica en función de lo extranjero. Buenos Aires ha sido invadida; la República cae como presa del comercio y de la banca europeos.»

Por consecuencia, el fondo económico sobre el que se proyecta el paisaje argentino es bastante triste:

«Dehesas y chacras que producen para el mundo, atraen oro y trabajo; oro y trabajo que producen para el mundo. La república queda a la espalda y a los extremos de la llanura fértil, estableciéndose entre esas dos regiones, la extranjera y la argentina, la periférica y la interior, una competencia infeliz para la más aislada y pobre» (*Rad.*, I, 74).

Lo cual representa para este autor que la Argentina vive

«alrededor de las formas típicas de los países productores de materias primas» (*Rad.*, II, 102).

La historia de este país resulta así empequeñecida y toma un sentido desesperante, contra el cual se puede reaccionar hasta llegar a una especie de frenesí:

«A la conquista del territorio para la Corona siguió el otro absurdo de la conquista del alimento para el ausente, y, al fin, este otro que es el tercer aspecto, el actual, igualmente lógico: la conquista de la riqueza para el capital extranjero en el ferrocarril, el frigorífico y el «trust» cerealista. Fueron los términos en que se planteó la lucha y que decidiría la suerte de estas comarcas para muchos años; una pugna estupenda, como quizá no hay otra en la historia: la tierra que conquista al conquistador, le vence y le obliga a que se convierta en servidor de todo aquello que le repugna profundamente» (*Rad.*, I, 29).

Si la actual situación política necesitara más del apoyo de textos, no dejaría de utilizar en provecho propio tantas afirmaciones de hace no más quince años: el tema de la explotación capitalista foránea, el del abandono de las provincias en pro de la metrópoli federal, ese de los ferrocarriles en manos extrañas... Naturalmente que tales asuntos están convenientemente ensordinados en *Muerte y transfiguración*, libro que quema mucho incienso en obsequio

de los *ídola tribus* de la izquierda, pero en el que se hallan (porque el inteligente y frío Martínez Estrada es a la vez un sentimental) textos sinceros que anulan tantas y tantas execraciones contra el pasado.

Lo civilizado

«irrumpía con la armus en la mano, conquistaba brutalmente y destruía sin plan y era una calamidad de magnitudes inconmensurables» (*Myt.*, II, 277).

Fran los inmigrantes de la civilización los que

«alumbraban los campos y destruían los pájaros sin necesidad» (*Myt.*, II, 277).

La civilización resultó el destructor más activo :

«desde la caída de Rosas hasta la pacificación total —aparente— del país, se opera esa labor de destrucción, esa siembra de rencores que hoy todavía pesa sobre nuestra existencia de nación, de pueblo y de sociedad... La ocupación del campo por gentes foráneas no tuvo casi nada de colonización, sino que era la misma empresa de conquista armada... El inmigrante vino con ambiciones y sin capacidades. A la invasión de las hordas salvajes siguió la de los advenedizos amparados por el Gobierno, que creía hacer así obra civilizadora» (*Myt.*, II, 277).

Esta página de confesiones amargas, de exageraciones hacia el lado contrario, compensa, en cierto modo, algunas afirmaciones contra la colonización originaria. Frente a esa violencia, brilla como ideal inalcanzable la vieja paz, aquella en que el lusitano y el hispano se hallaron en América como en el punto de partida, en ningún modo «refractarios al medio».

En tales contrastes deja Martínez Estrada ver mucho de lo que en el fondo es este hecho de la Argentina a lo largo del siglo y medio.

LA LENGUA

Si se quisiera buscar un ejemplo claro de esta bivalente posición de Martínez Estrada, difícilmente se hallaría mejor que el de su relación con la lengua. Escritor en español, y buen dominador de la lengua, ve el problema en su aspecto no solamente lingüístico y estilístico, sino político (*Myt.*, II, 33). Para él estaría

en llevar la independencia a la lengua también, por la vía de liberarla de las trabas academicista llenándola de espíritu popular. Por ahí se encuentra con Unamuno. Mas para que haya algo de contradictorio en la postura, Martínez Estrada querría buscar en esa popularización, esa vivificación de la lengua, la eliminación de un último resto colonial. Eso le hubiera convenido que fuese Hernández. Mas si los poetas argentinos cultos de hace ochenta años resultaban tributarios de Espronceda o de Zorrilla o Núñez de Arce, el poeta genial y libre que es Hernández es mucho más radicalmente español. A través de nuestros románticos resultaban imitados Víctor Hugo o Byron. Mientras que del poema de Hernández, Estrada afirma (*Myt.*, II, 470) que

«España no tiene, después del primer tercio del siglo XVII, nada tan español.»

¿Es esto un elogio? Sí y no. Tal es la posición de nuestro autor. En cuanto a la lengua, se piensa que a veces Martínez Estrada habría preferido escribir en inglés. Encuentra el nuestro

«un idioma que es monótono en el asonante, limitado en el consonante, con innumerables rimas obligadas de palabras de suma significación» (*Myt.*, II, 146).

Le pesa la lengua culta, el español normal de la prosa escrita. Después de afirmar que es en los Viajeros Ingleses (así, con la mayúscula que otros usan para los Conquistadores) donde se refleja mejor la realidad argentina del pasado siglo, se plantea el problema de la lengua :

«Es lícito afirmar, entonces, que también en la lengua culta castellana se habría podido realizar esta misma empresa; pero lo cierto es que la lengua culta castellana tiene ya una tesitura, una tectónica que en teoría no obsta, pero en la práctica sí, al reflejo fiel de ese mundo. Lo advertimos en el hecho de que la obra traducida del inglés al castellano conserva mucho más pura esa sustancia nacional, netamente argentina, que la escrita por autores nuestros.»

Lo cual le lleva a descartar

«que el idioma culto del escritor argentino cambiara de su función íntima, despojándose de sus adherencias fatídicas, para realizar lo mismo que el habla gauchesca en otra tesitura» (*Myt.*, II, 419).

Ese es el problema de la sequedad del idioma. Pero es un mal que no es propio sólo del español actual, sino, en general, de las lenguas de civilización. Y más aún de otras que de la nuestra. La

cultura moderna, con todos sus medios de desgaste y fijación de la lengua lleva consigo este fenómeno de extensión y superficialización. Estrada lo había formulado muy bien:

«Psicológicamente puede ocurrir a un idioma algo peor que subdividirse en dialectos, y es cristalizar en formas latas al tiempo que se limita y amputa. En el dialecto vive el alma local, el paisaje vernáculo; en el idioma extenso y superficial, la palabra desfallece, hasta que a medida que se reduce el número de términos cobran los supervivientes sentidos holofrásticos» (*Rad.*, I, 259).

Estrada percibe así agudamente la decadencia de las lenguas. En el siglo pasado estuvo de moda la comparación del español de América con el latín. Como en la lengua del Imperio, momento llegaría —saludado por los impacientes, temido por los tradicionales, esperado por los historiadores— en que surgieran las lenguas nacionales de los nuevos pueblos americanos. Mas en esa comparación se olvidaba que hay lenguas que no se mueven y que retardan su muerte o su evolución y perviven largos siglos, ocultando mejor o peor los hechos en el fondo del pueblo, los cambios inevitables; las lenguas modernas podrían asemejarse, mejor que al latín, al griego, que en el mismo tiempo en que se formaron las lenguas de Occidente cambió poquísimamente y se ha mantenido como lengua escrita oficial hasta ayer mismo. Ese destino de veintidós siglos de lengua fijada, estereotipada, llena de clichés y tópicos, podría ser el de las lenguas de Occidente, y en otras lenguas aún más que en el español. El francés hablado difiere más de la fijada lengua literaria que el castellano de ninguna comarca.

Pero no es lícito superficializar este profundo drama de la vida de las lenguas y hacer una historia de la nuestra en la cual Rubén Darío, en una comitiva que forman Sarmiento y Lugones, Ortega y Unamuno, con Valle Inclán, Azorín y Antonio Machado, resulta un precursor de la segunda república española, al rebelarse, según Martínez Estrada, contra una lengua académica y monárquica (*Myt.*, II, 440). Según eso, la condensación del nuevo estilo, la imagen portada al final de esa procesión magnífica, sería, por ejemplo, don Niceto Alcalá Zamora.

Y tampoco es lícito hallar criticable en la Península esa diferenciación dialectal que le parecería deseable en América:

«En el territorio peninsular se habla un castellano más barbarizado y hasta desnaturalizado de su índole que en los quebrados territorios de América» (*Myt.*, II, 433).

Pero en esas formas bárbaras del dialecto vernáculo vivè lo que Martínez Estrada echa de menos en América: el «alma local», el «paisaje». Esas diferenciaciones dan lo «no extenso», lo «no superficial». Son la palabra que no desfallece.

Es llevar mal el agua al molino decir qué

«el pueblo español tampoco recordaba el castellano como el pueblo de las llanuras americanas, y lo usaba con menos fidelidad» (*Myt.*, 432).

Pues cuando Unamuno protestaba, en el texto alegado por nuestro autor, contra el español de la Academia y de los escritores consagrados, era justamente al hablado por el pueblo al que apelaba, que precisamente era el que podía estar cerca del *Martín Fierro* en algún sentido. Y con palabras del vulgo de los campos, y aun con dialectalismos salmantinos, matiza Unamuno su castellano de lector de tantos libros extranjeros.

Pero Estrada preferé ser un tanto injusto, y no sólo estima que

«aquellos de entre nosotros, como Sarmiento y J. M. Gutiérrez, o como Lugones y Banchs, cuyo idioma es típico de los intelectuales de conformación autodidáctica, manejan un lenguaje más rico y sustancioso, y a la vez más conciso y sobrio que el de los mejores prosistas de España» (*Rad.*, I, 258),

sino que llega a afirmar que mientras que Juan del Encina, Lope de Rueda, Gil Vicente, falsifican lo popular, José Hernández fué el que logró el maravilloso secreto de darlo puro y crudo (*Myt.*, II, 430).

O P O S I C I O N E S

Este civilizado, este delicado intelectual y ciudadano, odia la ciudadanía. La odia porque halla que comprime al hombre, lo capítidiminye. Resulta que hoy

«el hombre por excelencia es el que inventa un aparato o un mecanismo, o una fórmula química, más bien que ese otro que inventaba la danza, las metáforas, los ideogramas y el discurso» (*Go-liat*, 52).

Y Martínez Estrada tiene nostalgia de esos lejanos y poéticos

inventos. Mas la ciudad corta los vínculos del hombre con Dios y con sus semejantes.

«Abí se metió el hombre y después no pudo salir» (*Goliat*, 49).

El escritor se ha convertido en un prisionero de su misma cultura, y asciende a una forma superior de sabiduría que, ya lo hemos notado, le posee por encima de su condición intelectual.

La consecuencia es que muchas de las adivinaciones de Martínez Estrada se producen en dos planos contrapuestos, paralelos, que no se tocan jamás. Dentro de cada plano no hay contradicción, pero sería necio intentar el acercamiento del plano de las ideas reflexionadas con el de las afirmaciones de naturaleza adivinatoria y poética. Los dos planos que presenta la obra de nuestro autor son coherentes y llenos de secuencia en sí, pero discordantes en comparación con el otro.

Así para él Buenos Aires es la ciudad necesaria, sin la que su obra no tendría sentido. La ha cantado líricamente, pero en el otro plano halla que es el lugar donde «se refugiaron los restos de la reacción». La realidad viva argentina, para él, «quedó siendo el interior». El interior es lo americano, en su concepto, lo auténtico, y, por el contrario,

«Europa vino a resultar el punto más próximo a Buenos Aires, y éste su ciudad más a trasmano» (*Rad.*, II, 11).

Alguna vez habla desde los dos planos a un tiempo, como cuando dice (*Goliat*, 74) que Buenos Aires

«ha demolido la arquitectura, pero ha derribado también la historia... Por mucho que hoy quiera construirse arquitectura demoliendo la historia, ambas cosas son inconciliables y grandes a su manera.»

El mismo doble plano ante las provincias. Allí está la aspiración más alta de libertad, la que siempre fué mermada por este Buenos Aires heredero de la desaparecida metrópoli. Pero a Martínez Estrada, desde el otro plano, no se le ha ocultado que las más oscuras y auténticas ciudades de provincias

«poseen reductos infranqueables, relicarios con pedacitos de huesos de España» (*Rad.*, I, 142).

Oposición de oposiciones es la política argentina tal como se descubre en el libro de Martínez Estrada. Hay en ella una oscura

disyuntiva, nunca bien formulada, a que alude, por ejemplo, el siguiente pasaje (*Myt.*, II, 166):

«Al decidirse Hernández por los caudillos, por los gauchos materos contra los gobernantes constitucionales —con sus ingéritos fraudes— y los funcionarios de la justicia del gobierno, elegía como hombre sano, aunque no tuviera suficientes luces para plantear a fondo la disyuntiva.»

Porque la disyuntiva era, en realidad, otra muy distinta de la de civilización y barbarie, pues a estas horas vemos muy claro que ni la civilización era toda civilización, ni la barbarie por entero barbarie. Justamente porque el dilema se planteó mal en España y en América es por lo que los fragmentados pueblos hispánicos han andado y andan dando tumbos en la historia moderna. Es el mismo pueblo madrileño del 2 de Mayo, sin jefes y vendido o engañado una y otra vez a ambas orillas del Atlántico. El buen vasallo en busca del buen señor, que ha perdido hace siglos y que parece no encuentra.

Esto explica la desesperación política del mejor Hernández, el de la *Ida* o Primera parte (1872). Entre ese momento y el de la *Vuelta* (1879) ha ocurrido, en cambio de decoración, la pacificación, normalización y triunfo definitivo de las instituciones de foráneo patrón en el país. Es el primer Hernández, el insatisfecho, el que renuncia a todo, aquel que place a Martínez Estrada. No por coincidencia en la orientación, sino por el gesto desesperado y gallardo de la renuncia. Pues renunciaba el poeta, en peregrinación de perseguido político, a su segundo apellido —Pueyrredón—, que le situaba en primer lugar entre los linajes patricios —y unitarios—, a su vida propia, a su familia, a dejar huellas de sí. Podría haber salido, como el tirano Rosas, de casa de su padre escribiendo en una cédula, con desgarrado gesto, que le agrada a nuestro autor, «dejo todo lo que es mío».

Porque, en el fondo de nuestros pueblos, criticados, negados, mal comprendidos, ponerse de parte de las fuerzas oscuras de la sangre es echarse a perderlo todo. Por eso puede decir Estrada de José Hernández:

«tomó el camino de las pérdidas... Su posición es una apuesta a perder... Voluntariamente se coloca fuera, en la otra banda. Lo cierto es que había renunciado valientemente a obtener ventaja» (*Myt.*, I, 29).

Es el luchador disconforme y oscuro en favor del ideal irrealizable, que se sabe anacrónico, no bien formulado; es el combatiente que parte del abismo de la derrota, pero está convencido de que es injusta.

«Hernández —escribe Martínez Estrada, *Myt.*, I, 29— es un hombre extraño en su hogar y familia, un expatriado. Defenderá a los caudillos como forma de atacarse a sí mismo en lo que ya no quiere, en lo que ha dejado detrás de sí. Su folleto sobre la vida del Chacho, con que se da a conocer, es un documento importante en aspectos de su psicología de hombre disconforme y de su ataque a los *gobiernos de orden* de Mitre y Sarmiento.»

En realidad, Hernández defiende a los caudillos no por atacarse a sí mismo, ni por haber dejado de querer lo que ellos, como podían, representaban en el fondo remoto del país. Es el escritor Martínez Estrada quien, ahora desde el plano intelectual y progresivo que aplaude a los *gobiernos de orden*, no comprende que nadie quiera de veras a los representantes de otro tiempo y se niegue a darlos por vencidos del todo y por siempre.

Por eso no puede decirse que Hernández estuviera (*Myt.*, I, 35) en una posición «equivoca». La realidad es tan complicada que esos aparentes equívocos, esas posiciones confusas, son mucho más profundos que las claridades superficiales y lógicas, que si pueden servir para triunfar e imponerse pocas veces abarcan por entero la realidad.

Hernández «tomó partido por una de las facciones, la que más se avenía a sus convicciones» (*Myt.*, I, 45) —y mejor sería decir que era la que menos repugnaba a sus nunca formuladas convicciones—, y no puede llamarse irónicamente «apostasía» su postura de la Primera parte, como tampoco, con ironía también, «misión» la de la Vuelta (*Myt.*, I, 39).

Lo que ocurre entre una y otra parte, la *Ida* y la *Vuelta* del gaucho, es el cambio total del panorama de la vida argentina, el triunfo de la civilización. Hernández se pliega a ésta. Ha cantado al que ha defendido, e incorporado de la mejor manera posible, el pasado. Ha protestado en favor del que estaba siendo sistemáticamente extirpado y raído de la faz de la Pampa, y nada le queda por hacer. Ahora puede luchar, en periodística polémica, con Sarmiento, y esta polémica es desorientadora. El civilizador estaba descontento de las primeras consecuencias del logro de la obra por él preconizada; el defensor de la barbarie se resignaba a su propia

derrota. El ciclo que termina con la extinción del gaucho ha sido tan completo que al final

«Hernández miraba al crecimiento material del país y Sarmiento a su miseria espiritual, y los dos tenían razón, cambiadas las espadas en el antiguo duelo, como la tenían y la tienen el *Pacundo* y el *Martín Fierro*» (*Myt.*, I, 306).

Las evoluciones políticas de Hernández (*Myt.*, I, 327), primero a favor de los federales, después defensor de Buenos Aires; primero contra la civilización, después convertido en caballero del progreso, son las consecuencias de ese ciclo extraño. Pero

«el *Martín Fierro* es una sublevación. Lo feo que pinta encubre lo más feo que calla. No era lo más malo aquello que describía, sino «lo más malo de lo que la censura patriótico-gentilicia le permitía decir». Es, en consecuencia, también una obra censurada... En otro aspecto, el *Martín Fierro* es un levantamiento contra la cultura y las letras, contra el hombre urbano, contra la literatura de cenáculo... Es una denuncia contra lo que en 1872 se entendía corrientemente por buena literatura, por buena política, por ciencia, arte y filosofía; es una negación *ab ovo*... La Primera parte es concebida, inclusive, contra la ideología de los proscritos y de los reorganizadores. Estos elementos constituyentes pasan a la segunda parte como resabios...» (*Myt.*, I, 31).

Pero la censura del *Martín Fierro* está en que José Hernández no veía hasta dónde su postura era inconciliable con el presente; lo negador del poema lo vemos ahora, cuando medimos la profundidad de la disconformidad de Hernández y lo tardío e inútil de ella para la marcha de la política en aquel tiempo. Pues justamente entre la Primera y la Segunda parte del poema la extirpación del gaucho superviviente fué el negocio de la civilización.

«El blanco lo sometía —dice Martínez Estrada, *Myt.*, I, 114— a toda clase de atropellos y despojos, pero el indio lo degollaba. Con el blanco estaba en lucha pacífica; con el indio, en lucha a muerte, en guerra. En la frontera, ese habitante fronterizo tenía que servir los intereses de su enemigo para salvarse.»

Quien ganó esta batalla fué la nueva clase dirigente, los dirigentes de la pacificación civilizante. En palabras duras de un autor (cit. en *Myt.*, I, 153),

«toda esta venerable y moralizante cruzada contra el cuatrерismo, contra el contrabando, contra la anarquía de las campañas, contra el gaucho vagabundo y ladrón, ocultaba, como siempre en tales casos,

la tenebrosa maquinación del puñado de poderosos que empezaba ya a actuar con solidario espíritu de clase: la concentración creciente de tierras y ganados en sus manos y la exportación por su sola cuenta de todos los productos.»

Esa confabulación de intereses, apoyada fuera, es la que hizo próspera a la República argentina durante decenios. El proceso político-económico hubo de ser muy rápido. El fracaso de la política hernandina, in formulable en toda su crudeza, y no formulada por el poeta sino en verso y con reticencias, el abandono de la causa del gaucho, obedece a la transmutación de la realidad, a la aniquilación del gaucho como una consecuencia del triunfo de la civilización. No se le puede reprochar a Hernández, como en cierto momento nuestro autor hace (*Myt.*, II, 81), que se pasara al enemigo. Todo era ya triunfante enemigo, y si no quería tomar una posición de Jeremías, incompatible con el tono vital de José Hernández, lo mejor era partir de la nueva situación de hecho, para no hacer crónica la guerra civil, en definitiva siempre latiendo en nuestros pueblos de la península o de América.

La profunda sabiduría que a veces eleva a Martínez Estrada le hace ver la ruina de los personajes del *Martín Fierro* poéticamente. Son sombras vencidas, figuras de tapiz, y «alguien tira del hilo que los constituye» (*Myt.*, II, 503).

Ese mismo hilo es el que en todos los hombres de nuestra estirpe está en manos de un genio destructor, en un mundo que nos es ajeno. Los hombres de nuestros pueblos, como las mal constituidas porciones de estos pueblos, se definen a sí mismos imperfectamente, al cabo trágicamente deshilachados por un destino histórico desafortunado.

Por eso resulta un enigma el tan discutido gaucho. Si el elemento campesino del país, el llamado más o menos exactamente gaucho, es, en cuanto mestizo y conformado por siglo de vida en el ambiente americano, lo diferente de lo español, lo que forma la base de la nacionalidad argentina, según la interpretación ortodoxa de Vicente Fidel López (*Myt.*, I, 238), es paradójico de véras que sea ese elemento archiargentino el que, como se delata en el poema de Hernández, resulta extirpado por la propia corriente argentina civilizadora posterior a la caída de Rosas. ¿Qué suicidio es ése? ¿Qué genio de autodestrucción gobierna ese cambio?

«Los gauchos no tienen nada —dice nuestro autor, *Myt.*, I, 274—, porque han sido privados de lo que ya sus padres habían obtenido.

El despoje de que se lamentan es de magnitud histórica más que personal. No están en la etapa en que aún no han adquirido instrumentos..., sino en la etapa en que va perdiéndose su posesión, el uso y la costumbre de usarlos.»

La historia argentina, como también la española del siglo XIX, se funda en una serie de aniquilamientos históricos. Primero es el aniquilamiento de lo «godo», es decir, de la cultura tradicional de las ciudades en las clases elevadas y privilegiadas por el régimen colonial. Contra lo «godo» se había movilizadado lo gauchesco. Pero el gaucho, a pesar de ser mestizo en los más de los casos y de que, como clase social, no era de lo más favorecido por el antiguo régimen, cuando se vió amenazado en las luchas políticas, adopta «como un instrumento de liberación lo español puro» (*Myt.*, II, 456, 466). Y es en ese sentido en que resulta español el *Martín Fierro* en la lengua, la mitología y tantas otras cosas. Pero el gaucho es al cabo aplastado por los civilizadores: El poeta Martínez Estrada lamenta

«la pérdida del sentido de lo popular, de lo sobreviviente en lo cambiante, de lo argentino señalado desde su nacimiento como lo antiargentino» (*Myt.*, II, 475).

Las supervivencias del genio de nuestras gentes iban siendo condenadas a muerte una tras otra, y un milagro de vitalidad es que subsista todavía, como subsiste. Y por cierto que con más profundidad que en la poesía de juegos florales a que parece relegarla Martínez Estrada en un momento de mal humor de los que entenebrece su último libro (*Myt.*, II, 479) al protestar contra los

«residuos de la sensibilidad del hombre colonial, del español nativo de la Argentina, que necesitaba, más que como oportunidad de entrar en contacto con lo del país, como articulación para no perder contacto con lo hispánico. Esa clase de poesías o de versificación, ese *sensorium* mal aclimatado es lo que todavía conserva vigente la leyenda de la Madre Patria en el sentido de Metrópoli: de raza, de cruz, de espada y de honor.»

Pero si quitamos esa «leyenda» no queda más que el inmigrante rapaz y el regateador del precio de la carne. ¿Habrá sido *Martín Fierro* en su desesperada vida la última forma española posible en este mundo? Como la historia tiene una lógica incomprensible, parece que no, y que aun después de la exterminación del gaucho

libre fronterizo el genio fundacional se expresa lo mejor que puede en formas varias, de las cuales no deja de ser una la posición contradictoria de nuestro autor.

El cual, como decíamos arriba, ve los males, pero grita contra una causa elegida más o menos arbitrariamente. Compone Hernández, por ejemplo, su poema contra los civilizadores, responsables de la extinción del gaucho, pero Estrada hace volver los tiros contra lo que le disgusta a él: Rosas, la colonia, el pasado tradicional.

Echa al nazi-fascismo la culpa de la destrucción del sentido innato de justicia, del «derecho natural», y lo prueba con un texto de... Kelsen (*Myt.*, I, 381). Pero este profesor, expulsado precisamente por Hitler de Austria, fué acogido con todos los honores en los Estados Unidos.

Busquemos algún otro ejemplo de esta arbitrariedad en nuestro campo:

«Rosas —escribe *Myt.*, 227, 226— fermenta ese odio, que le es necesario para mantenerse en el poder, aunque no lo encienda. Desvía el odio al godo en odio al indio... Pero Rosas, que restaura con las leyes el pasado colonial, sus costumbres y sus enconos, consiguió centralizar el odio contra el enemigo común y unifica el oficio del degollador de reses con el del degollador de seres humanos... La guerra contra el indio es una madrepora de malentendidos. Para intentar comprenderla ha de recordarse que cuando la Argentina ha realizado ya su independencia, cuando ya ha sometido al godo, en el Alto Perú todavía estaban refugiados los magnates de la colonia. Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy fueron reductos de enemigos; en esas ciudades los derrotados indemes ganaban pacíficamente su revancha. Esa es la reconquista de la colonia, que llega, a través de perturbaciones graves y de alternativas dramáticas y ridículas, hasta Rosas, el gran histrión teocrático. El gaucho no pelea entonces por reconquistar su independencia, sino para quitársela al indio...»

Todo se baraja aquí desordenadamente. ¿Qué tiene que ver el odio al indio, provocado por los desórdenes subsiguientes a la independencia, con la supervivencia del «godo» en Buenos Aires o en el Alto Perú? Parece que en ese galimatías hay algo de los callados enconos que laten en los sentimientos políticos de muchos argentinos y otros americanos de hoy. Parece que Martínez Estrada querría orientar este encono en determinado sentido:

«El odio contra el español —escribe refiriéndose a la etapa de consolidación de este país subsiguiente a las guerras civiles, *Myt.*, I,

250— se envasa en el odio contra el indio. El desprecio contra el español en desprecio contra el gringo. Son dos derivativos. El odio queda fresco. Y, más tarde, cuando ya el gringo y el indio han pasado de su período llamativo, contra lo americano y lo nacional, contra lo humano y lo racional, contra lo nuevo y progresista...»

Pero todo esto ¿qué tiene que ver con la política de Hernández, con el hecho de que José Hernández, ante la prisa y habilidad de los civilizadores, se encontrara en el curso de unos pocos años sin nadie por quien abogar?

Es en ese sentido en el que me parece que lo gauchesco, y muy especialmente el *Martín Fierro*, forma el reverso de la historia oficial y heroica. De tales poemas dice Martínez Estrada (*Myt.*, III, 125) que «dan un mundo inferiorizado; la historia, un mundo sublimado». Es ese mundo sublimado —cuyo reverso político y económico no se le ha ocultado a Martínez Estrada— el que, civilizando, ha destruido sin escrúpulos ese mundo «inferior», pero auténtico, nacional, americano y español. Como es a la vez auténtica, nacional, americana y española la lengua del *Martín Fierro*, aparentemente dialectal y bárbara.

Sin paliativos, Martínez Estrada señala el peligro de que también *Martín Fierro* sea incorporado a la marmórea serie de los héroes oficiales. Contra ello protesta. Bajo el título stráussico de *Muerte y transfiguración* se oculta el sentimiento de Muerte y desfiguración, que el autor señala en la ya iniciada traslación magnificadora *ad usum Delphini* de un poema polémico, de un grito de agonía de una clase social extirpada entre la primera y la segunda parte por las fuerzas del progreso.

No se puede hacer, dice el crítico, del *Martín Fierro* traicionado y desesperado una especie de héroe nacional moralizante. Pero, diremos, tampoco se puede sobre la tumba de un héroe que incorpora el alma desesperada de estos campos echar piedras de maldiciones y hacer holocaustos de adoración en obsequio de los herederos de quienes sacrificaron al pobre héroe. Como siempre que Martínez Estrada señala un daño, pega los gritos de venganza al revés. Con tal crítica de todo el pasado del país, el peor enemigo del gaucho sería Martínez Estrada. El alma, la lengua, las costumbres y modos de vida, la desesperada lucha del gaucho, vemos cómo pierde toda su razón de ser en este libro.

Como del pasado, hallo la misma radical incomprensión sobre la Argentina en Martínez Estrada. El pesimismo y la desespera-

ción resultan de plantearse las cosas desde el plano de lo abstracto. Comenzábamos refiriéndonos a la tabla de valores de este intelectual. Lo que a ella no se ajusta le parece inferior, despreciable, indigno. Esto explica que un hombre inteligente y lleno de aguda sensibilidad, después de ver claramente las cosas, tenga una especie de prisa por deformarlas. El mismo viene a decirlo de sí, bajo capa de generalización:

«Esa [la que él ve en *Martín Fierro*] es, en resumen, la doctrina social argentina, la filosofía y la política: el descontento, la mortificación, el encono sin poder concretar qué es lo que quiere (aunque mejor se concreta lo que no se quiere)» (*Myt.*, II, 425).

¿Qué afán hay en destruir la felicidad que los pueblos encuentran en su facilidad para el olvido? ¿Para qué seguir preguntándose tanto la legitimidad de la sangre, de la herencia del suelo, de la propia existencia?

Por contraste con el optimismo tonto, que no falta tampoco por estas playas y a veces con música de Rubén Darío, Martínez Estrada es un pesimista tan acentuado que después de evaporar todo lo valioso del pasado —para no respetar si acaso más que el relámpago de 1810— no tiene una palabra para el futuro argentino, para lo que razonablemente es el capital de este fabuloso país.

No quisiera que este comentario a los libros en prosa de Ezequiel Martínez Estrada se tomara como una crítica adversa. Una lenta deformadora también enseña. En la deformación resaltan muchas cosas que si no ignoraríamos.

Martínez Estrada ocupa merecidamente un lugar entre los primeros escritores argentinos. Reacciona apasionadamente contra lo que le parece mentira, contra muchos de los convencionalismos y rutinas dominantes en el país. Maltrata lo que ama. Sus metáforas secas y breves van hiriendo en muchos puntos sensibles de la vida nacional. Algunos capítulos de la *Radiografía* son inolvidables: el del cuchillo, el de la ciudad de La Plata, aquellos en que se describen las fuerzas telúricas que gobiernan estas latitudes australes, o las fuerzas humanas que luchan en la selva que es Buenos Aires para el que llega... Todo el libro titulado *La cabeza de Goliath* (2.ª edic., 1947) es delicioso; *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948) es un libro más sesudo, más —¿cómo lo diremos?—, más del «Fondo de cultura económica» de México, y atiende con generosidad a suplir nuestra ignorancia regalándonos textos

sobre la historia y la vida argentina; pero, definitivamente, le falta la gracia haydiniiana de *La cabeza de Goliat* y la nerviosa concisión que adorna la *Radiografía de la Pampa* (1933).

El lector de Martínez Estrada aprende en sus libros no sólo muchas facetas nuevas, sino a acercarse de otro modo a la realidad argentina. De ahí sé decir que desde que le he leído veo de otro modo a las gentes de este país, y percibo la dolorosa y ya bastante larga historia que llevan en la sangre. No me parecen, como a cualquier europeo que llega, gentes recién llegadas al limbo.

En el estudio que he intentado no trato de discutir, ni de sacar a cuento el patriotismo en estas cuestiones de análisis sociológico o histórico. Yo no le voy a pedir a Martínez Estrada que tenga más respeto a sus apellidos, ni, como él, echaré de menos en *Martín Fierro* el sentimiento patriótico (*Myt.*, II, 469, 163), pues el patriotismo es un fenómeno décimonónico, un invento de la Revolución francesa, en definitiva muy transitorio, como todo lo por ella creado, y, por lo mismo, hoy en aguda crisis. Si Martín Fierro está desarraigado, sin amor a la tierra ni a las cosas entre las que ha nacido, ello es una consecuencia de la vida nómada y difícil. Y si no se interesa en la historia patria, ello se debe a que ningún campesino que no esté deformado por la escuela tiene más que una vaga y profunda conciencia de ella, y a que, evidentemente, la historia del siglo XIX argentino representó un tiempo difícil para los pobladores de la campaña.

No es, pues, haciendo sacrificios a valores convencionales por lo que he escrito estas páginas, sino por el afán de dar con implacables verdades, aunque puedan personalmente no convenirnos, bien al autor, bien a mí, bien a ninguno de los dos. Sin ceremonia, he tocado puntos delicados y políticos, saltando por encima de todas las convenciones. Porque el único camino de llegar a entenderse es discutir sin ocultaciones. Me parece que así sirvo a uno de los valores a que Martínez Estrada rinde culto. Si no en lo demás, estaremos de acuerdo en ese punto de partida.

ANTONIO TOVAR

